



JOSÉ DAVID GUARÍN NACIÓ EN QUETAME el 28 de noviembre de 1830. Estudió en los colegios del Rosario y San Bartolomé, y finalmente en el colegio ibaguereño de San Simón. Sus crónicas de fino humor aparecieron en todos los periódicos literarios de Bogotá. Durante su residencia en el Estado de Santander, donde desempeñó el empleo de procurador, publicó dos periódicos políticos, *La Unión* y *El Eco*. Autor de obras de teatro, poesías y novelas, su fama proviene de sus escritos de costumbres, en los que hizo conocer la índole de social de los poblados y los usos de sus gentes. Esta carta fue publicada originalmente por Adriano Páez en su colección de obras de José David Guarín que salió de la imprenta bogotana de Zalamea Hermanos durante el año 1880 (pp. 169-175). Se ha acogido en esta entrega de la *Revista de Santander* como prueba literaria de la tradición conmemorativa de los sucesos del 10 de julio de 1810 en el municipio de El Socorro.

Socorro, 11 de Julio de 1871.

Señor doctor Juan Francisco Ortiz

Ayer recibí una esquela en que a nombre de la sección docente de San Vicente de Paul se me invitaba a que concurriese a unos exámenes. En el mismo billete se advertía que se hacía aquello para celebrar de algún modo el aniversario del 10 de Julio.

Como soy tan corto en achaques de historia patria, que ya si fuera la de Francia la he bebido en las novelas de Dumas, me dije: pues si voy, con eso hago una vía y dos mandados. Concurro a los exámenes y averiguo lo que la tal fecha conmemora.

Dicho y hecho. A las once de la mañana emprendí camino loma arriba con un sol que hacia subir la temperatura a 24 grados centígrados. ¿Usted conoce al Socorro, señor doctor? Pero ¡vaya! ¡vaya!, ¡qué pregunta la mía! ¿En dónde será que usted no ha estado, cuando conoce la Ceca y

la Meca y da razón de hasta dónde duermen los pajaritos?

Como iba diciendo, pues, emprendí camino para el antiguo convento de los capuchinos que queda a ocho cuabras de distancia de la plaza; y por supuesto que no necesito decirle que el tal convento queda allá en la cúspide del plano inclinado en que está situada la ciudad, que tal parece que se va a rodar.

Una vez situado en el atrio de la iglesia y convento, que está formado por un elevado murallón, tomé resuello y me entretuve paseando la vista por todo lo que a mis ojos se presentaba.

¡Cómo se alegra el alma cuando al frente se extiende un panorama así, como si adrede se lo desarrollaran para que se entretuviese! Señor, eché a rodar la vista casas abajo, y saltando torres aquí, chimeneas más allá, no pudiendo contenerla y como quien va de salto en mata, fui a dar al río Saravita, o Suárez, como usted guste, pues no ignora que



ese último nombre se lo dieron los conquistadores por habersele ahogado en él un caballo a Gonzalo Suárez Rondón. Y por poco que hay que llamarlo también Rondón, pues el futuro fundador de Tunja se escapó de no contar más el cuento.

No sino que métasele con nadaditas a ver cómo le va. El tal es de un genio borrascoso; en raras partes se le ve en bonanza. Yo no lo he visto quieto y tranquilo sino allá donde se le separa, cerca de Chiquinquirá, a la madre que lo pare y que es la laguna de Fúquene. Pero bravo o no bravo, el hecho es que las vegas que lo comprimen para que no se salga son bellísimas. Altas arboledas

le dan sombra para que se refresque, distinguiéndose entre todo aquel enmarañamiento de tupidas cabelleras verdes, los simpáticos árboles que arrojan sus hojas y las cambian por flores que a lo lejos semejan llamaradas. Estos son los árboles que en el Cauca habrá oído llamar cachimbos, en Muzo minaches, en Santander anacos y en Cundinamarca y el Tolima cámbulos. Recuerda usted, mi amigo, cuán lindos son en las vegas del Combeima? ¿En ese Ibagué que

Entre el Chipalo y el Combeima undosos
Vive arrullado cual si fuera un niño,
Viendo a las aves que en floridos cámbulos
Cuelgan su nido?

Pero no es esto sólo lo que se alcanza a ver desde la Capuchina. Por entre las quebradas de los cerros véase venir la quebrada de las Cinco-mil, llamada así por no sé qué crónica que dice que allí murieron cinco mil indios súbditos seguramente del famoso Chianchón. La inocente quebrada baja de las sierras brincando y hecha unas pascuas por entre estancias y otros primorosos, y todo porque ya siente el ruido del Suárez que la espera. Lo que es el amor; es posible que no habrá valido que le digan que el tal río, por el que abandona sus sierras, sus collados y vegas es un iracundo de siete suelas que no tiene paz consigo mismo. Ella dice que lo quiere y que ese será su sino, y baja brincando a unírsele. No sabe la simplecilla lo que le va por la pierna arriba. ¿Qué tal será el bribonazo, cuando ha habido necesidad de hacerle dos puentes colgantes de hierro mucho mejores que aquel que vio usted en Sube? Y lleve la cuenta. Cero y van tres puentes colgantes que tenemos ya en este Estado, y por cierto, los únicos que en el país existen.

De ahí hacia la cima empieza una gradería de estratificaciones que corren paralelamente hasta San Gil y que dan a ver las diferentes épocas en que las aguas fueron descendiendo. Aquello parece como las oleadas de arena que va dejando en la playa un río que ha salido de madre. Estas gradas formadas de capas pizarrosas son en partes tan anchas que dan planos para fértiles mesetas en donde hay estancias y sembrados con casitas de risueña apariencia.

Afortunadamente puedo hablar con usted que ha sido tan andariego y que no ha dejado cosa que no mire, rancho a que no entre, río que no pase, ni enredo que no eche afuera. A usted puedo decirle, seguro de que no lo echo en saco roto, lo que es contemplar un paisaje de tierra caliente, en que el verde amarillento de la caña con el oscuro y casi negro del maíz alternan con mil otros colores de los platanales, dehesas y sembrados. ¿No es cierto que aquello no tiene comparación? ¿Se ha fijado usted en aquellos caminitos

sombreados de nacederos y naranjos que conducen a las estancias en las faldas de las lomas que corren a las orillas del río Negro en Choachí o en Fómeque? Pues así son estos de que le vengo hablando.

Ahora, si usted no quiere fijarse en un solo punto, puede pasear la vista por el plano superior de esas estratificaciones cuyas graderías parecen de anfiteatro, y allá verá alzarse por entre árboles la torre de la iglesia de Simacota, más allá, casi perdido ya por la distancia el caserío del pueblo de Chima, a la derecha verá el Palmar y la Robada y después de todo eso las montañas que van alzándose, ya azules, ya negras, hasta que esconden sus cabezas en gorros blancos de niebla.

Ya comprenderá usted, por lo que le ha sucedido, que más de una vez la imaginación dejándome descuidar, se escapó en busca de algún ser querido; fue, le dejó un recuerdo y se volvió en alas de un suspiro. ¿No es cierto que no hay cómo contemplar esas bellezas de la naturaleza para que el alma se conmueva hasta hacer derramar lágrimas de ternura?

—Hoy hace sesenta y un años, seguro que a estas horas no habría estado usted tan tranquilo así en este lugar, me dijo un señor acercándoseme.

—Ciertamente, le contesté, que fue cuando Bolívar y Nariño vencieron...

—¡Qué Bolívar ni que pan caliente! me dijo con mal disimulado enojo. ¿Entonces usted no sabe lo que pasó aquí el 10 de Julio de 1810?

—Pues no recuerdo precisamente ahora mismo.

—¡Oh! Aquí soy yo uno de los viejos que presenciaron el primer grito de independencia que se dio en estas tierras.

Pues ha de saber usted que los diantres de los españoles se propusieron apretar la clavija de tal suerte, que ya no sabíamos qué hacer, y por de contado el pueblo empezó a levantarse en todas partes. Llegaron entonces las noticias de un movimiento revolucionario promovido por un canónigo

en Caracas; luego se supo lo que había pasado en Cartagena y a esto agregáronse las prisiones que diariamente había, y tiene usted que hubo más que razón para tirarles con un demonio a los godos. ¿No es verdad?

—Hasta con una legión de demonios les habría tirado yo.

—Mire usted que ya no se podía resollar. De aquí se llevaron presos a los doctores Miguel Gómez y Andrés Rosillo, y luego para acabar de componer la cosa, decapitaron a los dos jóvenes José María Rosillo y Vicente Cadena, naturales de esta provincia, por haber intentado una revolución después de haber ido a los llanos de Casanare a mover las cosas. Ordenaron que las cabezas fuesen llevadas a Santafé para fijarlas en parajes públicos, y esto causó tanto descontento, que no se atrevieron a hacerlo allá porque desde entonces habría empezado la furrusca. Así fue que en Pamplona el 4 de Julio del año 10 pusieron preso al Corregidor español don Juan Bastús por haber querido estrellarse con la más notable familia, que había allí y que era la de los Gallardos.

—¿Con que a tanto así se atrevían ya los patriotas?

—¡Y que mucho, si ya no se podía aguantar la tiranía! El demonio de los godos, en vez de coger experiencia, lo que hacía era apretar más y más cada día. Aquí don Lorenzo Plata y Juan Francisco Ardila iniciaron una sumaria al Corregidor Valdés, porque estaba formando una lista de proscritos, y esto bastó para que acuartelase gente y se pusiese hecho el mismo diablo. Pero como cuando la fruta está madura, el más leve soplo la derriba, sucedió que el 9 por la noche a tiempo en que los socorranos se acuartelaban también, pasaban por frente a los godos unas cuantas gentes, del pueblo, que ya empezaban a amotinarse, y por cualquier pretextó hicieron fuego sobre ellos y mataron a ocho.

—¡Vea usted qué infames!

—Pero, señor, aquello fue su perdición. Más de ocho mil personas había reunidas al amanecer del día 10 de Julio. No



creyéndose los chapetones seguros, se vinieron y atrincheraron en este convento que es una verdadera fortaleza. Y por supuesto, como los frailes capuchinos que había aquí eran españoles todos, los recibieron de mil amores. Pero no les valió, porque esto parecía un hormiguero.

—¡Ah! si han sido terribles los co...

—Sí, los cotudos, diga. Así nos han llamado, pero lo hemos sido menos que otros que tienen el pescuezo como cuerda estirada.

Yo no tuve otro recurso al oír la sátira que callarme y dejarle seguir el cuento.

—Pues como le iba diciendo: el pueblo empezó a asaltar la fortaleza, prendiéndose unos por estas cornisas de la iglesia, escalando otros las paredes, y viendo que era inútil hacer resistencia, se entregaron en manos del pueblo.

—¡Oiga!

—Sí, señor, se entregaron los pícaros, y lo más particular es que a nadie se le hizo nada y sólo al Corregidor y a los españoles Fominaya y Ruiz se les puso presos.

—Se conoce que el arte de la guerra en los americanos no estaba tan adelantado como ahora entre los franceses. Un general ha fusilado a trece mil prisioneros compatriotas suyos.

—Sí, pero esos habían fusilado antes al arzobispo, las monjas y los clérigos.

—Ya ve usted, pues, que aquí empezaron las cosas diez días antes de que en Bogotá se diese principio a la memorable lucha de la independencia.

—Pero dígame; ¿los capuchinos qué se hicieron?

—¿Qué habían de hacerse? Pues se fueron para siempre con su música a otra parte.

Dado este paso, el pueblo depositó el gobierno en el Cabildo, al que le agregaron algunos individuos más de su confianza, y esta junta redactó el 15 una representación en la que se hacía ver a la de Audiencia que la provincia del Socorro estaba resuelta a defender sus derechos para lo cual se estaba armando a toda prisa.

Media hora después, cuando la mayor parte de las autoridades, personas notables y el señor Cura habían llegado, entramos a la iglesia á presenciar los exámenes de que hablé al principio y que ya usted habría creído que yo había olvidado. No, señor; cada prisa trae su despacio.

No es aquel templo una tacita de oro y un modelo de arquitectura como es el de capuchinos de Bogotá, pero sí es el mejor del Socorro. Hoy, así desmantelado como está, sirve de capilla del hospital y allí fue donde encontramos a 21 niños con su vestido de manta *pinta pinta*. Uno de ellos nos dirigió un discurso con que en muy buenos términos y frases entusiastas, conmemoró el aniversario del 10 de Julio de 1810. Aquello era para regocijar el corazón de cualquier cristiano. Veintiún niños huérfanos, desheredados, se encontraban allí abrigados bajo el ala de la hija del cielo, del ángel pudoroso que va en tinieblas buscando a quién hacer el bien, la CARIDAD. A no ser por ella, vaga-

rían por las calles mendigando un pan y cosechando vicios para cuando la edad les diese alientos de dedicarse al crimen. Qué cosa tan grande es la caridad, amigo mío; unas cuántas señoras y caballeros abandonan sus hogares y se dedican a aliviar los males del cuerpo a los miserables y los del alma a los niños. Para esto piden aquí el pan, más allá el vestido; recogen la morona y la hilacha que hallan a la mano, porque hasta las hilachas sirven cuando se quiere hacer el bien.

Conozco a unos pájaros, las oropéndolas, de que precisamente nos habla nuestro amigo Rivera en sus preciosísimos artículos, que cuelgan sus nidos y allí en esas cunas aéreas vienen otros pájaros vagamundos y dañinos y depositan sus huevos al lado de los otros. Las generosas aves calientan los suyos y los ajenos, y luego crían a sus hijos adoptivos con el mismo cariño que si fueran los suyos.

Ya usted me comprende la comparación; de esa clase de pájaros está infestada la sociedad, y si no fuera porque hay espíritus generosos, los hijos del acaso, porque no puede dárseles, por pudor, otro nombre, morirían en la miseria del cuerpo y del alma.

Pero aguarde usted, que esto que voy a decirle no es moco de pavo. Los tales niños saben más que cualquier doctor de los de ahora, que no sabemos de la misa la media. ¿Sabemos, dije? Ya fui yo a meterme entre los doctores, cuando lo que quise fue hablar de los que nada saben. Se habría usted chupado los dedos, así, materialmente, al oír a un niño de cinco años resolver operaciones de cálculo aritmético y oírle leer en cuadros de cosmografía. Mire usted que hablar con un mozuelo, nacido de ayer, de esos mundos, cuando si se le hubiera dejado abandonado, sus labios no proferirían sino palabras obscenas y maldiciones horribles.

Eso es para bendecir a Dios. El niño Juan Castro, de que le vengo hablando, será acaso con el tiempo un hombre útil a la sociedad, mientras que si lo hubieran dejado al lado de la limosnera que lo conducía por

las calles para que le ayudase a pedir el pan, ese niño habría sido con el tiempo un bandido de talento, que son los peores bandidos. La historia nos trae los nombres de tantos que se han llamado desde reyes para abajo.

Mucha soltura y posesión noté en los niños al contestar; buena forma de letra y destreza en las operaciones. ¡Bendito sea Dios! y benditos los que se dedican a aliviar las miserias del cuerpo y del alma. La Sociedad de San Vicente de Paul en donde quiera que abra sus puertas hará el bien. ¡Bendita sea!

Pero ahora va a oír usted otra cosa que se me ha ocurrido. ¿No le parece que es mucha frialdad patriótica no celebrar como se debe el aniversario de tan gran día? De seguro que los socorranos han perdido el entusiasmo de otros tiempos. Nada más sencillo. Coléctese una suscripción para comprar cohetes con que atronar los oídos y quemar el pueblo y que luego tenga que salir un literato en cueros con su libro debajo del brazo, como le sucedió por ahí a cierto prójimo; échense a vuelo las campanas, repártase licor hasta que el entusiasmo patriótico ya no quepa en las cabezas y tenga necesidad de salir en forma de discursos patrióticos con el consabido león de Iberia y el cóndor de los Andes y demás lugares comunes, que por ser tan comunes pocos oradores de esos populares los abandonan; y si en el pecho arde bien la llama de la libertad, háganse unas fiestas en que el padre de familia se arruine, el joven se pierda, el obrero se corrompa, la joven se desespere; fiestas en que se emborrachen todos, jueguen todos, y gasten más de lo necesario. Sepa, mi amigo, que viéndolo bien, en Bogotá sí han sabido hacer bien las cosas. Allá sí, por supuesto; ¿no ve que es la capital de la culta Colombia? Ya verá usted qué de ganancias y aumento de capitales e industrias van a resultar ahora, amén de lo que no se dice porque las llagas no se muestran.

Yo tengo un defecto, señor doctor, se lo confieso; soy un simplón de siete suelas. ¿Creerá usted que me enterneció el conside-

rar que nada había más agradable a Dios ni que satisficiera más a los manes de nuestros padres, que aquel acto sencillo en que unos niños, ¡y qué niños!, la parte más desvalida de la sociedad, se presentaban a conmemorar una fiesta gloriosa, y precisamente en el mismo sitio y a la misma hora en que hace sesenta y un años lidiaban nuestros antepasados por obtener independencia? Al estruendo del combate se ha sucedido el triunfo pacífico de la civilización cristiana.

—¿Ya acabaría? se preguntará usted al ver el punto final de cada párrafo.

Pero usted tiene la culpa si abuso. He dado en creer que a mí me sucederá lo que a usted, que escribe un artículo con ese su chiste y gallardía *sui generis* que Dios le ha dado, y que todo el mundo se ha de quedar con ganas. No hay cosa peor que la presunción.

Pues en fin, salga lo que saliere, el hecho es que yo salí del paso y cumplí con retribuirle el obsequio con que nos cogió al amigo Rivera y a mí enrazados como tortolas. ¡No en balde tiene usted fama de tan buen tirador!

Ahora sí, será bueno dejar esto ya; ¿no es así? Hasta otra vez, mi querido amigo, pues pienso conseguir palomas viajeras como las suyas para comunicarme con usted. ❖

